XXIII Domingo del Tiempo Ordinario C

Las jerarquías del amor

"Dijo Jesús: Si alguno se viene conmigo y no pospone a su padre, a su madre, a su mujer y a sus hijos...incluso a sí mismo, no puede ser discípulo mío". San Lucas, cap. 14.

Cuando Goethe cumplió sesenta años, sus alumnos le obsequiaron una medalla con una cruz grabada en el anverso. El disgusto del poeta fue notorio. Para él la cruz significaba el despojo de "lo humano y razonable", sin lo cual un hombre normal no existe.

También a muchos nos molesta la exigencia del Maestro: "Quien no lleve su cruz detrás de mí, no puede ser discípulo mío". Pero entendemos que tomar la cruz equivale a aceptar el programa de Jesús. Un programa que consiste en colocar a Dios sobre todas nuestras cosas.

Por esta razón Jesús añade: "Si alguno no pospone a su padre, a su madre, a su mujer y sus hijos, a sus hermanos y hermanas, e incluso a sí mismo, no puede ser mi discípulo".

Porque el discípulo de Cristo no ama menos. Ama según distinta jerarquía, situando siempre a Dios en el centro de su vida. Todos sus amores permanecen, pero han cedido el primer puesto a Señor.

¿Un ideal para gente extraordinaria?. No solamente. Aún los cristianos de a pie a podremos colocar a Dios en la mitad del corazón. Bastaría evaluar nuestros afectos y ordenarlos como Cristo enseñó.

Muchos predicadores, influenciados por los griegos, nos han explicado el Evangelio como la lucha entre dos elementos contrarios. El mal que lucha contra el bien. El pecado, lo contrario de la gracia.

Pero no podemos presentar del mismo modo los bienes temporales y los eternos. La acción y la contemplación. El trabajo y las obras de caridad. Aquellos predicadores, dice alguno, se enamoraron de la O, ignorando la sabiduría de la Y. Recordemos que el mensaje de Cristo se resume en un solo mandamiento: Amar a Dios y al prójimo como a sí mismo.

Jesús nos pide a sus discípulos ciertas cosas difíciles, pero nunca imposibles. Así el término sobrenatural significa algo más allá de lo corriente, pero ante todo, aquello que se aposenta sobre la piel de lo humano, fortaleciéndolo y sanándolo.

Descubrimos entonces sobre la faz del mundo tres amores: Aquel que han dibujado los poetas en las novelas y en las canciones. Sorprendente. Admirable. Pero casi nunca real.

Un segundo, ese amor nuestro de cada día. También hermoso, pero que muchas veces se tropieza, se cansa y se extravía. Un amor capaz de pecar. Y aquel tercero que aprendimos de Jesús: "Como yo os he amado".

Ser cristianos es sostener e iluminar, cada día, nuestro amor con el de Cristo. Resultará entonces justo, integrado, equitativo. Unas medidas de exactitud que nos explican qué es la santidad.

Maravilloso el amor de familia, pero el Señor le dará vida, como la sabia al árbol. Extraordinario el amor de los novios, de los esposos, donde el Señor se hará presente, como el aire en el viento. Hermosas las amistades que nos apoyan, ayudándonos a crecer: Que allí Dios resplandezca, como la luz dentro del fuego. Necesario el amor a nosotros mismos: Pero en él se encontrará el Señor, como la sal en el agua del mar.

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y